

Conversación en Buenos Aires con el Prof. Cayetano Bruno

Josep-Ignasi SARANYANA

El P. Cayetano Bruno nos recibe, al Prof. Enrique de la Lama y a mí, el sábado, 13 de agosto de 1994, en su residencia de Buenos Aires, barrio de Almagro, donde los salesianos tienen su iglesia dedicada a María Auxiliadora y a San Carlos, su editorial y varias escuelas para la formación de los muchachos. Nos hace pasar a una amplia estancia, en un piso superior, para que tranquilos y sin interrupciones podamos conversar durante varias horas.

Su interés por la historia —nos dice— comenzó hacia los diecinueve años¹. Al pasar al teologado continuó sus lecturas históricas encariñándose cada vez más con ellas. Ya en 1936, yendo a Roma por primera vez, el P. Tomás R. Gelat, su antiguo superior, le había animado a preparar una historia general de la Iglesia en Argentina, aprovechando los archivos de Europa. Al comienzo planeó una historia en tres volúmenes, que después pasaron a doce, publicados entre 1966 y 1981. Pero

1. Nació en Córdoba (Argentina), el 23 de julio de 1912. Estudió el trienio filosófico en Vignaud (prov. de Córdoba) y el cuadrieno teológico en el Instituto Clemente José Villada y Cabrera de la ciudad de Córdoba. Ordenado sacerdote salesiano en Córdoba el 29 de noviembre de 1936. Tres años de estudios de Derecho Canónico en la Universidad Lateranense de Roma, donde se doctoró en 1939. En 1940 obtuvo la cátedra de Derecho Canónico en el Instituto Teológico Internacional Salesiano de Córdoba, donde impartió esta disciplina hasta 1952. En 1952 fue destinado a Turín, para enseñar Derecho canónico en el Instituto Internacional Salesiano. Al cabo de un quinquenio marchó a Roma para incorporarse a la Pontificia Universidad Salesiana. Fue decano por tiempo de diez años en la Facultad de Derecho Canónico. Allí compiló buena parte del material para su *Historia de la Iglesia en Argentina*. Del período italiano son suyas otras dos publicaciones importantes: *El Derecho de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora en la Argentina* (Buenos Aires 1957), que preparó en el archivo salesiano de Turín; y *La Virgen Generala. Estudio documental* (Rosario 1954, segunda edición, Rosario 1994), donde se cuenta cómo la Virgen ha presidido toda la actividad de la Colonia y la época posterior, y se repasan diversas advocaciones marianas.

sobre todo trabajó en este proyecto durante su segunda estadía romana, entre 1957 y 1965. Durante ese tiempo redactó los tres primeros volúmenes. Los ofreció a la Editorial Don Bosco de Argentina, que le pagó el viaje de regreso y comenzó con la publicación del primero en 1966. Cada año editó un volumen, salvo un año en que salieron dos². Le faltaban los datos correspondientes al período de León XIII para terminar el volumen XII, puesto que el Archivo Secreto Vaticano estaba todavía cerrado para ese pontificado. Finalmente Juan Pablo II redujo el tiempo de espera, y abrió los archivos hasta la muerte de León XIII, de modo que culminar su obra hasta 1903. También trabajó, aprovechando las vacaciones estivales, en el Archivo General de Indias, en seis o siete veranos.

Esto nos cuenta el P. Bruno:

«Encontré allí un material inmenso, casi ignorado. Los historiadores argentinos conocen poco lo que se halla en esos archivos. Mi último verano en Sevilla fue en 1964. De esta forma pude completar todo el material que interesaba a España, y que alcanza hasta el séptimo volumen de mi historia. Fueron dos lustros de mucho trabajo: el verano, en Sevilla; en invierno, las clases y los archivos romanos.

«Cuando decidí, estando en Roma, escribir los doce volúmenes, me propuse cortar con todo lo que no fuera la investigación, prescindir de lo incompatible con mi proyecto. Evidentemente, determiné cumplir todas mis obligaciones de sacerdote y salesiano: la misa, el oficio divino, las confesiones, que eran para mí materia intocable. Pero la televisión, la radio, el cine, las visitas, los paseos, los viajes inútiles... ¿Los paseos? Si eran cosa necesaria para la comunidad, por supuesto. Pero pasear para ir de aquí para allá... era perder el tiempo. ¿Ir a Rusia? ¡Claro que me interesaba! Pero habría sido tiempo perdido.

«Ni siquiera sé manejar el aparato de la televisión. Me ofrecieron tener radio personal, y les dije que era malbaratar las horas. O sea, que si uno quiere escribir seriamente de lo suyo, hay que dedicarse a ello por completo.

Y, después, he seguido las mismas pautas de conducta. ¿Y de noche? Mientras pueda, estudiaré y escribiré. Por ello, a la mañana, trato de levantarme temprano, digo mi misa y lo ordeno todo...; y durante el día, mientras no tenga visitas o cosas así, me dedico a escribir sobre las cuestiones de mi investigación.

2. *Historia de la Iglesia en Argentina*, Ed. Don Bosco, Buenos Aires 1966-1971, en doce volúmenes.

«Escribo también sobre otros asuntos históricos de provecho: la Santísima Virgen³; las verdades eternas⁴; los Santos americanos⁵; etc. Pero trato que esos asuntos de divulgación religiosa sean medidos, con capítulos breves; porque, si se prolongan, la gente no los lee. La técnica del escritor es asimismo importante: si se escriben diez páginas sin subtítulos, es tiempo perdido».

Pregunta: ¿Cómo fueron recibidos los volúmenes de la *Historia*, a medida que se publicaban?

Respuesta: Aquí teníamos un padre jesuita, el P. Guillermo Furlong, ya pasado a la eternidad, que era muy amigo mío. Nos queríamos mucho. Con frecuencia hablaba con él. Le presenté el primer volumen en borrador; lo leyó; le hizo algunas correcciones, y se encariñó con él. Me dijo: *Esto es lo que nos hace falta*. Así que, cada volumen que salía, él se encargaba de hacer la propaganda, en la prensa y por medio de conferencias. De modo que entraron bien y se fueron vendiendo.

P. ¿Ninguna crítica o juicio discordante, alguna reacción de desaprobación?

R. Que yo recuerde, no. Quizá algún dato secundario me fuese discutido. Pero no tengo presente ninguna crítica fundamental en cuestiones sustanciosas. No había quien habría podido darle fondo, porque casi nadie había estado en Roma. De los asuntos de acá, los historiadores están bien informados. Los hay muy buenos. Por ejemplo, el P. Miguel Angel Vergara, que me envió mucha documentación de Jujuy y Salta. Pero casi nadie había podido hurgar en Roma, en Sevilla o en Madrid, y muy pocos han dedicado sus horas a asuntos de Iglesia.

P. ¿Alguna hipótesis de trabajo que haya querido probar en su *Historia*? ¿Quizá salir al paso de alguna polémica?

R. Quise defender a España. Les aseguro que estoy encariñadísimo con España, porque he visto documentos originales. Cuando terminé mi última estadía en Sevilla, hice una reconstrucción y me pregunté: *¿Qué saco yo de todo lo que he estado viendo en estos meses?* El 95% era favorable a España, nuestra madre Patria. Sólo el 5% no lo era. Supe que allá en la península hubo alguna reacción contra la misma

3. *Historia de las manifestaciones de la Virgen del Rosario de San Nicolás*, Ediciones Didascalía, Rosario 1994.

4. *Creo en la vida eterna (El ocaso cristiano de los próceres)*, I^a parte, Eds. Didascalía, Rosario 1988; II^a parte, *ibid.* 1990; III^a parte, *ibid.* 1994.

5. Por ejemplo: *Las florecillas de San Francisco Solano*, La Plata 1976; *Las florecillas de San Martín de Porres*, Lima 1981; *Rosa de Santa María. La sin igual historia de Santa Rosa de Lima, narrada por los testigos oculares del proceso de su beatificación y canonización*, Ed. Salesiana, Lima 1992.

España. Esto es injusto. Yo lo he escrito con todo desparpajo⁶, hasta el punto de que alguien me dijo: *¡Es Vd. el único que escribe sobre estos asuntos!*

Esto no quita que la historia española tenga algún lunar por allí. Por ejemplo, es del todo repudiable la conducta de Carlos III contra los jesuitas, expulsados de España y de sus dominios. Repudiable y torpe como no lo podía ser menos. Los indios de las reducciones formaban el valladar infranqueable de la frontera de España con las tierras de Portugal. Echados los jesuitas, se acabó la defensa, y ya no fue posible defender lo propio, que se perdió para siempre.

P. Habla Vd. mucho y bien de la monarquía española, así en general; pero ¿no cree que se ha insistido poco en la labor directiva de la Santa Sede en la evangelización americana?

R. ¿De la Santa Sede a través de España...?

P. No. Pregunto si tuvo o no tuvo protagonismo la Santa Sede... ¿Quién dirigió propiamente la evangelización?

R. ¿Acá, en Argentina? España.

P. Pero, ¿acaso no se puede hablar de un intento de la Santa Sede de dirigir la evangelización, siempre dificultado por los reyes?

R. Sí, es la cuestión del Patronato. Quizá sea un defecto. Pero en realidad, los reyes eran gente sensata, aunque a veces se metían muy dentro. En general, el Patronato hizo un bien, porque el rey corría con los gastos, buscaba misioneros, y mantuvo la religión católica romana intacta hasta el fin, con algunas lacras, pequeñas, comparadas con todo lo demás.

P. La creación de la Congregación de Propaganda Fide, ¿no cambió el panorama, dando mayor protagonismo a la Santa Sede?

R. Intervino un poco más, sobre todo por medio de los padres franciscanos. Pero siempre bajo la vigilancia del rey. En esto España era intransigente. Como digo, fue una cosa un poco excesiva, pero lo hicieron con buena intención; y salvaron la religión católica en toda América.

Note, además, que el resultado de toda esa época es que una ingente población, desde la Tierra del Fuego hasta México, habla castellano. Si viajo desde aquí hasta allá me entiendo perfectamente. Hay modismos propios, pero la unidad de la lengua se mantuvo. En asunto de lengua, España nos ha dado un gran beneficio.

Pero además nos ha dejado la religión católica. Desde aquí hasta México, el 90% se proclama católico. No serán prácticos, pero declaran ser hijos de la Igle-

6. *La presencia de España en Indias (Acción política y religiosa). Estudio histórico-documental*, Ediciones Didascalía, Rosario 1991.

sia. Todo eso nos lo ha dado España. Y a pesar de la lucha antirreligiosa del Norte, se mantienen firme en sus convicciones.

Basta recordar las visitas del Papa. Dondequiera que va él, van millones de personas. Se hizo el Congreso Eucarístico Internacional de 1934, y vino el cardenal Pacelli, que luego fue Pio XII. Y fue algo colosal. ¡Dos millones de personas en el último desfile procesional! No se había visto nunca, en ninguna parte, ni aquí... Tanto que al congreso eucarístico lo llamaron la «aplanadora eucarística».

O sea que España nos trajo cosas muy positivas, que mucha gente no las reconoce porque no ha estudiado seriamente. Lo que escribo no lo hago para alabanza. Pongo lo que dice la documentación, que siempre o casi siempre es favorable a la madre Patria. España, o parte de ella más bien, tuvo cosas muy feas en el pasado y aun en el presente siglo. Pero mientras estuvo aquí con nosotros, podemos darle gracias, porque nos trajo mucho bien.

P. ¿En qué temas se advierte mayor iniciativa de la Santa Sede, aunque dentro de los límites del patronato? La cuestión es teológica, porque la responsabilidad de la evangelización corresponde al papa. Parece, pues, un contrasentido que la literatura o la bibliografía española haya presentado al monarca español como el gran evangelizador...

R. En un libro que publiqué en Salamanca el año 1967, por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Raimundo Lulio⁷, le dediqué más de veinte páginas al regiovicariato indiano, que es quizá el punto focal de la cuestión. He escrito que «fue una manifestación trascendental de las invasiones regias en el campo de la constitución jurídica de la Iglesia, que llevó a línea de principio la actitud absorbente de los reyes, de pretendidos vicarios del papa en Indias. [...] La formulación expresa y madura [del regiovicariato] llegó sólo en 1765, bajo Carlos III. Su elaboración, empero, ocupó toda la época anterior y fue obra singularmente de los regulares que vieron en dicha teoría la mejor salvaguardia de sus privilegios frente al poder de los obispos».

Se discute si el papa concedió este regiovicariato. No se ha probado nunca que lo haya concedido, porque era absorbente: era prácticamente un papa bajo otro papa... A lo más se podría hablar de una comisión particular dada a los reyes para el envío de misioneros dignos y celosos. Conociendo el papa Alejandro la religiosidad de los monarcas, sus súbditos espirituales, les impuso, en virtud de santa obediencia, el manejo diligente de tal comisión por poder.

Otros privilegios posteriores, que prueban la carencia de una delegación general, irán ensanchando las prerrogativas reales hasta situar sus depositarios en con-

7. *El Derecho público de la Iglesia en Indias. Estudio histórico-jurídico*, CSIC, Salamanca 1967.

dición privilegial frente a los otros monarcas, pero nunca de vicarios generales o apostólicos, que no estuvo ello en la mente de ningún romano pontífice el otorgarlo. La consecuencia práctica fue que no se podía mandar nada directamente a Roma; aunque los obispos desobedecieron a veces, como Santo Toribio de Mogrovejo, que alguna vez mandó burlar este excesivo control.

P. ¿Luchó seriamente la Santa Sede para evitar el control del rey? ¿Conseguía enviar directamente a las Indias documentos, avisos o bulas, sin pasar por Madrid? ¿Cómo lo hacía?

R. Pues de contrabando. El rey se enojaba cuando se enteraba. Aunque no llegó a la herejía ni abusó del patronato. Quiso tener los poderes. Pero mantuvo la ortodoxia. Algunos sostienen que el rey tuvo el vicariato. Pero, insisto: esto no se puede probar.

P. ¿Y Propaganda Fide, qué papel jugó con respecto a América?

R. Tuvo ciertas prerrogativas en cuestiones teológicas, sobre todo. Especialmente se sirvió de los franciscanos, que fueron sus predilectos. Y los franciscanos crearon centros, por ejemplo, en la provincia de Córdoba, donde tenían poderes especiales, pero siempre sometidos al rey. Valdría la pena analizar más a fondo el argumento. Yo lo estudié en la parte que se refiere a la Argentina. Y aquí no había mucha cuestión. Las grandes cuestiones se plantearon en Perú, México, Venezuela y Colombia, que constituían colonias españolas bien organizadas. La nuestra era una zona extrema y muy pobre. Ni siquiera tenía sacerdotes, porque los sacerdotes que venían se escapaban. Se iban al Perú que era más rico y cómodo. Por eso había como una norma: Si viene alguno, háganlo venir por el Río de la Plata; porque así más fácilmente se quedará aquí; porque si viene por el Perú, allá se queda.

P. ¿Podría citar maestros, personas que le hayan ayudado más especialmente en sus investigaciones?

R. El que más me ayudó como maestro fue el P. Furlong. No que me corrigiera, porque él no había profundizado mucho mis temas. Vio que yo podía escribir una historia de la Iglesia en Argentina, y se entusiasmó conmigo. Cuando salió el primer volumen, él procuró darlo a conocer por medio de conferencias, en la prensa, etc. Me hizo mucha propaganda enseguida.

P. ¿Quién más le ayudó?

R. Creo que nadie más, porque nadie se había puesto a estudiar a fondo la historia de la Iglesia. Había historias de la Iglesia parciales. Por ejemplo, aquí, en Buenos Aires, había estudiado Rómulo D. Carbia la historia eclesiástica del Río de la Plata, que publicó en dos tomos. Mons. José Aníbal Verdaguer, la historia eclesiástica de Cuyo, en dos gruesos volúmenes. La parte del norte había sido tratada por Mons. Miguel Angel Vergara, con muy buenos escritos. En Córdoba, Mons. Pablo Cabrera muy estudioso de lo nuestro. Y, en fin, el Dr. Juan Carlos

Zuretti con su *Historia eclesiástica argentina*, que ya alcanzó la segunda edición. Todos estos me ayudaron brindándome buena base para comenzar.

P. ¿Alguien le enseñó a hacer historia, que le familiarizara con la metodología, a manejar la bibliografía? ¿Algún maestro aquí o en Italia...?

R. Hace tiempo publiqué un folleto sobre Menéndez y Pelayo, acerca de cómo concibe él la historia y cómo concibe la forma que adopta al escribirla. Menéndez y Pelayo fue una eminencia. Aquí no hemos tenido nada igual. Hay buenas historias generales, pero con una técnica pobre. Salvo las honrosas excepciones.

P. ¿Ha habido intento de establecer bases comunes de trabajo, a nivel nacional o internacional?

R. Nos reunimos hace cosa de cuatro años, en Bogotá, por iniciativa de la Santa Sede, un grupo de estudiosos para escribir una historia eclesiástica de toda Hispanoamérica, en una docena de tomos. Había la posibilidad de conseguir suficiente financiación. Y vinieron representantes de diversos países. Se empezó. Yo hice la parte mía y la mandé, y después no supe más nada. Allí quedó todo.

P. ¿Quién llevaba ese proyecto?

R. El Pontificio Comité para las Ciencias Históricas. Yo soy miembro de ese Comité. Allí nos juntamos varios.

P. ¿Quiénes estaban?

R. Estaba el jesuita P. Eduardo Cárdenas, que fue el que más movió el asunto. Era un proyecto en trece volúmenes. Tres de ellos tomaban toda Hispanoamérica en general. Los otros, distribuidos en los diferentes países. El proyecto murió. Y fue una lástima, pues se quería publicar algo serio para toda América, especialmente bajo el aspecto eclesial, anticipándose a otras publicaciones acaso poco ortodoxas.

P. ¿Alguna vez ha tenido que polemizar con la opinión pública argentina, desmontando estereotipos historiográficos?

R. En los años finales del siglo XIX sufrimos aquí, en la Argentina una dura embestida del laicismo, de la masonería, con una fuerte persecución anticlerical, hasta el punto de expulsar al nuncio apostólico en los años de la presidencia del general Julio A. Roca. La fuente exclusiva para la historia de la Iglesia en esos años había sido la prensa, los diarios, casi todos liberales, que ofrecían evidentemente una visión muy parcial de los acontecimientos, pero indiscutible para muchos. Yo me di el lujo de publicar cosas totalmente nuevas, desconocidas. Nadie se me pudo oponer, porque todo estaba documentado⁸.

8. *La Década laicista en la Argentina (1880-1890)*, Ed. Don Bosco, Buenos Aires 1984.

P. Si ahora tuviera Vd. que hacer una Historia de la Iglesia en América, ¿cómo la haría? Un manual, por ejemplo, no una obra de trece volúmenes.

R. Ya lo tengo hecho para Argentina. Los doce volúmenes míos eran demasiado para la escuela, y me pidieron una síntesis, que salió publicada hace un año⁹. Es un volumen de unas setecientas páginas. En él trato sobre todo acerca del episcopado, que es el que actúa bien. Da gusto. Ha habido aquí buenos obispos. La mayoría venida de España. También gente nativa de aquí. Sobre todo religiosos. No seculares...

P. No me refiero tanto a una historia local... Si Vd. tuviera que dirigir en este momento un manual de unas seiscientas páginas, que pudiera ser un libro de texto para seminarios, noviciados y universidades, en donde se explicase qué ha sido la vida de la Iglesia en América desde 1492 hasta ahora, ¿cómo lo enfocaría?

R. Tendría que escribirla solo, porque no encontraría quién me ayudase... Yo busco gente capaz y trato de darles vida: ¿por qué no te largas a esto?, les digo. Y me contestan: Tengo otras cosas que hacer... No tienen ganas. He encontrado unos cuantos salesianos que son capaces, pero están en otra idea. Después del Concilio Vaticano II, prefieren la línea más bien pastoral, estar con los muchachos, moverlos, qué se yo... Pero estudiar a fondo, encerrarse, nadie pica.

P. Suponiendo que Vd. empezase ahora y se dijese: Voy a escribirla: dispongo de dos años, voy a hacer un manual. ¿Cómo lo estructuraría?

R. ¿De toda Argentina?

P. No, de toda la Iglesia en América

R. Tendría primero que ir a ver lo que se ha publicado. De algunos países hay publicaciones muy buenas y otras no tanto. En todo caso, yo no me animaría a decir cosas sin haberlas estudiado a fondo. Tendría que ir a cada nación, a cada lugar, a ver los archivos. No me atrevería a hacerlo, si no tuviese la seguridad de haber consultado antes los archivos y las bibliotecas. Fíjese aquí, el caso de la Argentina. Para escribir todo lo que he escrito, he ido parroquia por parroquia, diócesis por diócesis; a donde hubiera algún material he ido a consultarlo. He viajado mucho. Llegué hasta el límite máximo: Río Gallegos, y también la parte de Chile y Bolivia, que tiene buenos archivos; lo mismo al Perú, para los asuntos que nos interesan, por ejemplo de la época de San Martín; y lo mismo al Uruguay... O sea que, viendo los archivos, yo puedo tener mayor seguridad de ser exacto lo publicado. Pero no encuentro gente que se lance... Nadie me ayudaría...

9. *La Iglesia en Argentina. Cuatrocientos años de historia*, Eds. Centro Salesiano de Estudios, Buenos Aires 1993.

P. Voy a ponerle la pregunta de otra forma. Suponga que le llamasen mañana y le dijeren: Tiene que explicar una asignatura que se va a titular «Historia de la Iglesia en América Latina». ¿Cómo estructuraría Vd. ese programa?

R. Primero, ¿cómo lo aceptaría? Yo creo que no lo aceptaría.

P. Suponiendo que lo aceptase y se lanzase al vacío, como a una aventura...

R. Tendría que consultar todo lo que se ha publicado, al menos las grandes obras de Venezuela, de Colombia, de México, por lo menos lo principal. Tendría que ir allá a buscar la bibliografía y traerla. Muchas complicaciones. No aceptaría ese encargo, porque me siento incompetente...

Lo de aquí, gracias a Dios, creo conocerlo; pero lo de fuera, no. También lo de Uruguay... Yo conozco lo de allá que interesa acá, a la Argentina. Los obispos que han tenido... De Paraguay lo mismo... He estado viendo los archivos que tiene el Paraguay. Pero, no los he visto para hacer lo que Vd. me pide... No aceptaría, pues, a menos que se pretendiese tocar un asunto muy en general... Pero, con ello, perdería la historia, haría daño a la historia, porque no convencería a la gente sería.

Es menester especializarse si se quiere tratar un asunto con aceptable competencia. La Argentina todavía se presta a ello, por haber sido una región pobre y no teatro, en general, de grandes acontecimientos, dignos de figurar en la historia. Por lo mismo pude contentarme ofreciendo a mi país doce volúmenes. Tratándose de México y del Perú no habrían sido suficientes veinte o acaso más.

Me proclamo, pues, ignorante de una historia general de toda América, por lo mismo que no escribí cosas que no sé bien.

P. ¿De todas formas, no le parece que hay distintos niveles? Puede haber un nivel muy profundo, y puede haber otro de un conocimiento general de las cuestiones... Aunque Vd. no sea un generalista, tiene mucha experiencia como historiador. ¿Cómo considera que debería estructurarse una Historia general de la Iglesia en América Latina?

R. Lógicamente, primero la Santa Sede, el papa, que dirige todo. Después España. Y después, los obispos. Y también las Órdenes religiosas.

P. Ha dicho Vd. primero el papa. Sin embargo, Vd. mismo ha afirmado que no hay documentación en que se vea actuar al papa...

R. A veces sí. Por ejemplo, Santo Toribio de Mogrovejo envió algunos asuntos directamente a Roma. Otro ejemplo: a los comienzos, la cuestión del papa Alejandro VI... El P. Leturia ha estudiado a fondo el tema de la donación pontificia. Hay también otros estudios muy útiles referentes al protagonismo pontificio, a los comienzos de la evangelización americana. Y después, cada tanto, en los años posteriores, el papa, contando con los obispos, dictaba normas... Pero siempre, es preciso reconocerlo, a través de España.

P. Y los demás cristianos que no estaban en la jerarquía: los fieles, las cofradías... ¿cómo los incorporaría a un programa de la asignatura? Porque ha dicho que el nervio de la materia serían el papa, el rey, los obispos y las Ordenes religiosas...

R. Primero, los que intervienen, si son gente capaz, y después, la obra que se hace a través de las instituciones... Mas, para un proyecto así, como el que Vd. me propone, sería preciso tener paciencia y buena salud... Yo a mis años no me animaría. Si tuviese, no sé, cincuenta años o cuarenta, quizá me podría largar un poco más, a ver directamente algún asunto fuerte. Incluso ahora, con buenas ayudas me atrevo todavía a estudiar temas un poco amplios. Por ejemplo, los salesianos van a celebrar en 1995, en la ciudad de Bernal, el centenario de vida salesiana en los colegios... Y me han pedido un libro, de unas cien páginas, preparado con la documentación nuestra, que es bastante... De eso puedo tranquilamente escribir, porque más o menos lo sé, y además me van a ayudar. Pero, si no tengo la seguridad de encontrar un material fiable, no me largo...

P. Ha citado antes el Archivo de Sevilla, el Vaticano, el interno del Instituto Salesiano de Turín y también el de aquí. Ha hablado de archivos parroquiales de distintos países y del Archivo de Simancas.

R. También he visto las fuentes jesuíticas de Roma. Es muy útil el archivo que ellos tienen junto al Vaticano. He trabajado todo lo que me interesaba, lo que ellos pudieron salvar, porque después de la expulsión se perdió mucho. También he estado con los franciscanos, que tienen la casa generalicia detrás del Vaticano; con los dominicos, en Santa Sabina; con los mercedarios. He consultado, pues, todo lo podía tener alguna relación con lo nuestro. Pero fueron pocas Ordenes las que estuvieron aquí en la época española. Con la independencia llegaron más. En la época española, todo iba a Madrid, no a Roma, no al papa; y está casi todo en Sevilla, en Madrid o en Simancas.

En la época independiente se mandó todo a Roma, singularmente desde 1820, a través de los nuncios, los internuncios, los delegados apostólicos. Esta primera documentación iba toda al Brasil, donde estaba el nuncio apostólico con el archivo, y se guardaba en Río de Janeiro, cerca del Corcovado. Ese archivo abarcaba toda América, porque era la única nación independiente de acuerdo con el rey de Portugal. Las demás naciones se habían independizado contra la voluntad del rey de España. El fondo de Río ha pasado hace poco a Roma. Esto ha sido un bien, porque en el Brasil estaba mal conservado. Cuando lo fui a consultar por primera vez, la polilla lo estaba consumiendo desafortunadamente. Entonces le dije al nuncio: Mire, si Vd. no se mueve, se destruye todo. Cuando volví al cabo de dos o tres años, vi que lo habían salvado. Así que pude consultar todo lo que me interesaba. La última vez que quise ir, escribí antes, y me dijeron que ya casi todo estaba en Roma.

Para consultar los archivos de las familias religiosas hay que ir casa por casa. Aquí comenzaron a multiplicarse las fundaciones femeninas después de la independencia, para contrarrestar la enseñanza laica. También las religiosas me han dado todo tipo de facilidades. Las casas suelen tener su archivo propio, más el archivo provincial.

P. ¿Dónde se conserva el archivo argentino de los jesuitas?

R. En San Miguel, en la provincia de Buenos Aires.

P. ¿Pero no se lo quedó el Estado, al producirse la expulsión?

R. En España, todo lo de los jesuitas se llevó a Madrid, para encontrar el «cuerpo del delito». Cuando vieron que no había nada, se fue perdiendo. Aquí, en la época de Rosas, hubo una persona que consiguió hacerse con todo el archivo rioplatense de los jesuitas. Lo ofreció al gobierno, que no lo quiso, y entonces lo compró Pedro II, y ahora está en el Brasil. Tiene documentación muy interesante, principalmente de las reducciones jesuíticas.

P. Hablemos de cultura y cristianismo. Vd. ha dicho que España trajo aquí su cultura... Ahora se habla mucho de desvincular lo cristiano de lo español.

R. El P. Furlong tiene una gruesa obra en tres volúmenes sobre la cultura argentina... Se titula *Historia social y cultural del Río de la Plata (1536-1810)*, publicada en 1969. Sin notas, pero hay que concederle fe, porque es un estudioso riguroso. En 1810, cuando se produjo la independencia, la población estimada de América no pasaría de quince millones de habitantes. Y había treinta y tres universidades en todo el continente, desde México para abajo. Más de una universidad por cada medio millón. Cifra altísima que hoy día, ha escrito Furlong, sólo dos países, Estados Unidos y Japón, han superado. O sea que España ha traído una cultura en forma.

Se ha dicho que España quiso mantener en la ignorancia a los americanos para que no se rebelaran. Al contrario; el indio podía ir a la Universidad si era capaz. En las algunas crónicas jesuíticas, por ejemplo, se narra cómo les enseñaban a contar con los dedos de la mano (hasta diez), y con los dedos de los pies (hasta veinte), y de allí ya no salían. Por encima de veinte decían «muchos». Por eso no dieron sacerdotes las reducciones jesuíticas del Paraguay. Porque el indio era tan chato [incapaz], que en la práctica no daba para mucha cultura. Pero, a pesar de todo, también se le dio entrada en la Universidad para ver si lograba hacer algo.

Lo que más ayudó fue la mezcla con lo hispano. Y eso fue la salvación, porque entonces ya se podía culturizar. También las mujeres estudiaban algo, sobre todo después del primer siglo. Esto lo trato en un libro mío publicado en 1991¹⁰.

10. *La acción benéfica de España en Indias (Aspecto religioso, antropológico y cultural)*. Estudio histórico-documental, Eds. Didascalía, Rosario 1991.

Presento todos los tipos de colegios, los preparatorios para la Universidad y los colegios para hijos de caciques, que tenían una preeminencia.

Los jesuitas también trajeron la imprenta al virreinato. En las reducciones hubo imprenta antes que en Buenos Aires. En 1700, se estableció en la provincia de Misiones la primera imprenta. Fundían unos hermosos tipos de estaño. Allí se imprimieron libros en lengua española, en guaraní e incluso en latín. Acaso hubo tres o cuatro imprentas más en las reducciones, con arreglo a las publicaciones que se conocen. En Córdoba hubo imprenta de los jesuitas en 1764. Expulsados en 1767, la imprenta quedó sin uso, hasta que el virrey Juan José de Vértiz la hizo trasladar a Buenos Aires. Le estamos, pues, muy agradecidos a España.

P. Si Vd. tuviera ahora cincuenta años menos y tuviera la posibilidad de pasarse en Roma diez meses, ¿qué fondos le gustaría consultar?

R. Me gustaría ver la parte Argentina, hasta donde fuese posible. Creo que está abierta hasta la muerte de Pío XI... Hay allí lindas cosas de acá... Pero siga preguntando.

P. Hablemos, para terminar, de la historiografía argentina.

R. En general aquí hay poco de cuestiones eclesiásticas. Se publican algunos buenos artículos, pero pocos libros.

P. ¿En qué revistas?

R. Tenemos la revista de la Academia de la Historia: «Investigaciones y Ensayos de la Academia Nacional de la Historia», donde suelen aparecer buenos trabajos. Los académicos tenemos la obligación de mandar colaboraciones... Se publica dos veces al año y en ella aparecen argumentos muy buenos. Mire. En el último número....

Don Cayetano Bruno nos muestra con detenimiento el último fascículo y nos comenta su contenido, trabajo por trabajo. Han pasado varias horas de conversación, y ha anochecido en el suave invierno platense. Debemos concluir nuestro encuentro. Le damos las gracias por su acogida y nos vamos en taxi al centro de Buenos Aires, esa fantástica ciudad, cuya vida cultural es una sorpresa continua para los españoles que la visitamos.

Josep-Ignasi Saranyana
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona